

DISCURSO DE LA SRITA. RUTH ZENTENO,
PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD DE ALUMNOS
DE LA ESCUELA LIBRE DE DERECHO,
EN LA CEREMONIA DE INAUGURACIÓN
DE CURSOS 2008-2009

Hace cinco años, sentada en una de estas butacas, me enfrenté por primera vez a la magnitud de mi decisión cuando, en medio del mar de rostros anónimos que justo ahora los rodea, descubrí que no había marcha atrás.

Por primera vez en mi vida era considerada una mujer adulta, hecha y derecha que tendría que enfrentarse al peso de sus decisiones sin un solo asidero al cual acudir en medio de sus dudas y temores; ningún otro incentivo que el honor, la disciplina como límite a la libertad creativa que debe haber en un foro académico y la satisfacción del trabajo bien hecho como única recompensa.

Era muy tarde para arrepentirme. Luego de la infinidad de leyendas negras que me fueran susurradas en los corredores, vi coartada toda posibilidad de escape en el momento en que un orador hizo suyo el podio y las puertas del auditorio se cerraron a mi espalda; respiré profundo. No podía regresar a casa derrotada preguntándome por siempre si lo habría logrado de persistir.

En esta misma sala, en un momento muy parecido a éste, me prometí a mí misma que no me rendiría sin pelear. No después de todas las dificultades que representaron reunir el valor para poner pie en la Libre y encarar las entrevistas con aire calmo a pesar de que los alocados latidos de mi corazón podían escucharse hasta la biblioteca. No iba a darme por vencida luego de ver el semblante descompues-

to de prometedores estudiantes torturados por el rechazo cuando la oportunidad de probar mi valía me había sido entregada junto con un talón de pagos.

Fuera de tiempo, los remanentes de mi juventud y la estamina que no guardaba para navidad, no tenía nada qué perder.

Siempre me ha gustado pensar que nuestras equivocaciones son tan importantes como nuestros aciertos y que no seríamos la mitad de lo que somos sin esta azarosa combinación de circunstancias. Algunos de ustedes llegaron aquí para salvar a sus colegas del fantasma de la desesperanza, del miedo, de la soledad; otros, al buscar su redención mostrarán a sus compañeros el verdadero significado del valor, de la lealtad y la fe. Cada uno debe encontrar su propósito más allá de la justicia poética, humana y divina teniendo en mente que hay una buena razón por la cual sus pasos los dirigieron a éste de entre todos los recintos posibles.

Éste es el mejor lugar para dar gracias por los pequeños milagros de todos los días, el lugar correcto para aprender a valorar una mano amiga, el único lugar donde sé que un extraño les brindará consuelo luego de un día largo y difícil con sincera simpatía, donde los estudiantes de grados superiores pondrán a su disposición su saber y experiencia tratando de evitarles el doloroso aprendizaje que ellos experimentaron.

Más de una vez se preguntarán si hicieron lo correcto al venir aquí, más de una vez se detendrán a mitad del camino preguntándose si tienen la vocación y el carácter para enfrentar los retos por venir, y cada vez, a pesar de que no logren expresar sus dudas en voz alta, sabrán ver las señales que indican claramente la respuesta que aguarda en el fondo de su alma.

Luego de los días oscuros, vendrán los días maravillosos en que una réplica bien argumentada y una tenue sonrisa en los labios del profesor les recordarán por qué de entre todos los caminos posibles, ustedes eligieron la complicada vida de servicio del abogado, por qué están ansiosos por consagrar al prójimo el fruto de su intelecto. Son días que inspiran a creer que sin importar lo accidentado que resulte el trayecto, al final del año no habrá ninguna satisfacción más grande que el saber que fue una decisión acertada.

El mundo habrá retomado su curso y con la indignación a flor de piel, ustedes habrán aprendido que hay cosas por las que vale la

pena luchar hasta las lágrimas. Se habrán convertido en verdaderos abogados.

Sabrán entonces lo mismo que yo descubrí: lo que debería asustarnos no es la finitud, sino sentir que nuestras vidas carecieron del propósito que llenara nuestro tiempo y tras su estancia aquí habrán crecido lo suficiente para encontrar su sendero.

Si la niña asustada que llegó aquí hace cinco años me hubiera preguntado si volvería sobre mis pasos, le diría con toda franqueza que habrá noches en que no pegaría el ojo, pero que gustosa lo haría todo de nuevo, si acaso mejor una y mil veces. Aquí conocí a las personas que cambiaron mi vida.

Aprendí en estas aulas a mover conciencias a plumazos primero, en la convicción de que la vida me alcanzará para mejorar el mundo después, y me regocijé en el secreto conocimiento de que en algún lugar perdido entre los mitos de la crueldad decimonónica del sistema más antipedagógico que muchos podrían haber conocido, brilla una diminuta y esperanzadora luz de consideración en sus manos: la Libre la construyen ustedes.

¿Escogería de nuevo el sendero que ustedes hoy transitan? Sí y mil veces sí. Cuando llegue el momento descubrirán por sí mismos que en lo que toca a esta Escuela, la historia aún no termina de escribirse.